

por que con un sacerdote. No soy profeta, ni soy hijo de profeta; pero es la infalible solución del problema, fundada en las leyes eternas de la psicología humana, y en la común economía de la gracia divina.

—¡Dios lo quiera! dijo Julia; recordando que la entrevista era demasiado gravosa para su interlocutor, con gentil discreción se puso en pie, y dijo:—Espero que tendreis la bondad de oírme otra vez aún hoy, cuando á buscar venga la nota de los libros: ahora no quiero abusar más de vuestras bondades con esta pobre desconocida.

—Hija, respondió el ministro de Dios; cuando cualquiera recurre al sacerdote para cosas espirituales, no es un desconocido, sino, por el contrario, un hijo muy estimado.

—Pues bien, sed mi padre (al decir estas palabras se arrodilló, y Kelerina hizo lo propio), confirmando vuestras amonestaciones con la bendición paternal.

Alzó la mano el sacerdote, y bendijo á entrambas. Al despedirse, dijo Julia:—Os prometo que apenas regrese á mi casa, escribiré cuanto me habeis dicho, considerando como mi regla de conducta.

la obra no es completa, y falta la parte...

## XVII.

### MÁS CONSEJOS AUN.

No necesitamos decir si acudió Julia puntualmente á la hora convenida, para recoger la nota de los libros, que se le prometiera en la entrevista de la mañana. Presentose al ministro de Dios con creciente confianza, y le alargó un cuadernillo de papel para que lo examinase, diciendo:—Dignaos pasar la vista por él.—Se maravilló el hombre de Dios y docto, al ver que había la muchacha en pocas páginas escrito en resumen limpiamente y dividido en capítulos, con sus propios epígrafes, toda la conversación anterior. No faltaba ninguna idea, y generalmente se habían conservado has-

ta las frases.—Será mi guía práctico, dijo la joven al sacerdote, cuando me halle sola y consejera de mí misma; en esta instrucción me miraré como en un espejo..... Mas la obra no es completa, y falta la parte última.

—¿Cuál es?

—Que vos, mi buen padre, me indiqueis cualquier medio práctico de infundir respeto y amor á la Iglesia en los hijos de mi señora; por supuesto sin hablar directamete de religión, por mi promesa explícita de no tratar del asunto.

El sacerdote respondió:—No penseis en esto: el día en que vuestras oraciones y buenos ejemplos os abran el corazón de su madre, y sobre todo el día en que, vencida, se doblegue á la gracia de Dios, vereis caer en vuestros brazos aun á sus hijos. Los vereis madurando sin que se aperciaban, al propio tiempo que se madura la madre. En los niños no hay rebelión contra el Espíritu Santo, ni puede siquiera existir, si cuidais de remover de ellos lo que anubla la fantasía ó vicia el corazón.

—Verdaderamente, dijo Julia, en cuanto á las dos niñas, espero salir bien, porque dependen en todo de mí: es su madre deli-

cada en extremo, por no decir escrupulosa. Pero está el primogénito también, al que no veo sino en la mesa y en la reunión. Sólo el pensamiento de penetrar en su mente con un rayo de verdad, me desespera. Considerad lo que será, tratando, por decirlo así, de mudarle la cabeza. Es preciso verlo para formarse una idea del joven infeliz. Entrará el año que viene en su mayor edad, siendo, por consecuencia, el jefe de su casa; entre tanto, nadie puede vanagloriarse de saber lo que se propone. Figuraos un salvaje ó un orangután: tal es exactamente. Dista mucho de tener mala figura, es bueno, y aun lo reputo de gran inteligencia, porque ahonda en las obras de literatura, pareciendo como enterrado en ellas; mas por lo que hace á las cosas de la vida, es un verdadero tronco insensible; no se interesa por ninguno de los negocios de la casa: se necesitan las tenazas para sacar algunas palabras de su boca, y creo yo que para obtener una sonrisa, habría que darle con el pedernal. Nunca he oído que conversase mucho rato sino con un profesor suyo que fué á verle, y le entretuvo hablándole de bellas ediciones y de filosofía. Ahora bien; ¿cómo se hace para trabajar sobre materia tan intratable?

—Domareis vuestro orangután, respondió sonriendo el sacerdote, sin golpearlo. Tratadle con suma, con extraordinaria reserva. Las naturalezas impenetrables frecuentemente ocultan ingenios grandes y pasiones violentas; cara de hielo y corazón de fuego. Acaso estudia más de lo que os figurais, y fizcaliza todos vuestros actos. ¿Quereis desempeñar con él la misión del apóstol? Forzadlo á que os estime por lo que más aprecian los jóvenes en las muchachas, esto es, la reserva. Sólo esto os puede abrir el camino á fin de hacerle bien, si os destina Dios para que se lo dispenseis.

—Por fortuna, dijo la joven con candor, ninguna cosa es más fácil para mí: está en mi sangre. Apuesto á que con él nadie me haría prescindir de mi carácter. Necesito que mi voluntad delibere antes, cada vez que le dirijo la palabra. Al contrario, con las discípulas temo llegar á ser demasiado condescendiente: ¡son tan ingenuas, tan agradecidas!

—Con ellas, repuso el sacerdote, dilatad vuestro corazón. Amadlas ante todo, y cenvencedlas de que son queridas. Procurad, empero, no equivocaros en el fin ni en los medios. Hay muchas madres que se mueren por sus hijas; solamente que to-

do su amor se reduce á estimarse á sí propias en sus niñas. Todo el santo día las contemplan, se las comen á besos, las halagan, y se sacarían la sangre de sus venas para que fuesen hermosas; acarician y lisonjean en las pobres criaturas la pasión del bien parecer, como si su fin supremo se redujera sólo á esto. Es propiamente el amor que la gata tiene á los gatitos. Debeis armaros de caridad nobilísima, esto es, de aquella que ardientemente ansía el bien de la persona estimada. Luego, ante todo, pensad en su alma, y reprimid las inclinaciones desarregladas, á fin de que crezcan todas las semillas de la virtud.

—¡Oh! ¡Si las pudiera enseñar un poco el catecismo!

—Podeis perfectamente. ¿Acaso su madre se ofenderá si las enseñais á obedecer, á tratar suavemente á los criados, á no mentir, á no despreciar al pobre, á no vanagloriarse, á perdonar, á no perder las horas en el espejo, á recordar que los ojos purísimos de Dios las vigilan, y así sucesivamente? Creedme; con esto las dispondreis á la conversión muy eficazmente. No os pagarán con besicos, según la costumbre de las muchachas con los que fomentan sus pasiones nacientes; pero en cambio se des-

pertará en sus corazoncitos aquel afecto grande y reverente, que pondrá la brida en vuestra mano á fin de llevarlas donde queráis. ¿Creeis por ventura que las niñas no distinguen al que las ama humanamente del que las ama con afecto cristiano? Lo distinguen perfectamente, por más que no sepan expresarlo con palabras; las vereis á veces hacer mil rarezas con su madre ó con su aya, que satisface todos sus caprichitos, y convertirse luego en ángeles con la monja, que no escasea en el colegio las reprensiones. ¿Por qué así? Porque traslucen en aquella hermana el deseo que tiene de hacerlas buenísimas, y que no es lícito resistir de ningún modo su amor santo.

Me haceis, padre, un tratado de filosofía terrible: temo que se sobreponga mi corazón á mi mente.

—Entendedme. No pretendo que debais sermonear de continuo: quiero decir que las discípulas deben tener la persuasión de que sobre todo ansiáis ardientemente hacerlas buenas; por lo demás, es laudable y necesario también que os vean ansiosa sinceramente de instruir las, é interesada en su salud, en sus comodidades, en sus diversiones, en una palabra, en todo lo que les plazca honestamente.

—Esto lo sé hacer, quizá demasiado. También procuro lo posible que sea el estudio placentero y agradable; si no estoy en un error, las discípulas están de mí tan contentas como lo estoy yo de ellas.

—Bueno, pues; continuad.

—Tengo en casa una compañera, profesora igualmente, que me mira con malos ojos. No puede sufrir mis ligerezas italianas, como dice ella, que es una protestante anciana casi, buena en el fondo, si bien de una inflexible austeridad. Quisiera que se hiciese el estudio pasando muchas horas sobre la mesa, sin apartar los ojos del fascistol. No concluye de atronarme los oídos diciendo que las educo demasiado delicadas, y que le maleo á las niñas.

—Todo extremo es vicioso, dijo el sacerdote; ni reducir el estudio á simple pasatiempo, ni convertirlo en una prensa que saca sólo gemidos y lágrimas. Me explicaré. Es fuerza exigir que las discípulas aprendan algo, así como que este algo lo sepan y alcancen de veras; mas nada prohíbe acudir á un sistema fácil, ligero y deleitoso, mayormente durante la primera edad. Nuestros pedagogos modernos se pavonean pensando tocar el cielo con la mano al revelarnos que los niños pueden

aprender muchas cosas deleitándolos con arte sutil. Ahora bien; se trata de una invención enmohecida hace muchos siglos: aquel antiguo viejo ermitaño que se llamó San Jerónimo, escribiendo á una dama de Roma sobre la manera de dar educación á una niña, descende á detalles minuciosos referentes á los artificios con los cuales se la podría enamorar del estudio, cambiándolo en pasatiempo.

Dijo Julia, respirando con gran placer: —Me confortais de veras.

—Sobre todo, prosiguió el sacerdote, en la primera edad tiernecita, es un acto florido de cristiana estimación no poner á los niños en tortura, queriendo que apliquen demasiado su mente al estudio. En nuestros días, es una moda sumamente común querer convertir á todas las niñas pequeñas en doctores. A los siete ú ocho años ciertas madres las sepultan en la escuela; tanto de lectura, tanto de escritura, y tanto que aprender de memoria; además tanto para coser, tanto para bordar y tanto para las cuentas. Cosas que, tomadas en justa dosis, son á maravilla útiles; mas impuestas por deber principal, debilitan las fuerzas nacientes. Vereis á las pobres pequeñitas avispadadas, decidoras y loquillas como mujeres

de conversación, pero frágiles, sin color, víctimas infelices de la soberbia del siglo y de su madre. Si después de una infancia laboriosa viene, como demasiado pasa, una juventud consumida en las tertulias, en las conversaciones, en los teatros, en los baños, en los viajes, en los conciertos y en los desconciertos, ¡adiós educación! Haced que sean esposas y que sean madres; al primer fruto caen fatigadas é ineptas para criar; al segundo ó al tercero, principian las *aneurismas*, las aneurismas y las tisis; poco más tarde las apoplegias y las locuras que apagan la vida en medio de su carrera, después de haber agitado los cuarenta y dos pares de nervios que se tienen, con cuarenta y dos mil desgracias físicas y morales. Basta; dejemos el asunto aquí. Creo haberos indicado algunas ideas sobre la educación.

—Antes de la noche lo tendré bien apuntado; ignoro por qué, sus palabras descenden á mi corazón, haciéndome decir: Esto es preciso hacer, y esto haré.

—Hija de Dios, nada os he dicho abstruso ni nuevo. Estoy persuadido, con todo, de que con estas vejeces mejoraría mucho la sociedad. En cuanto á vos, vuestra misión (así llamemósla), es hermosa, pudiendo

electrizar un espíritu gentil y generoso. Si bien lo considerais, debéis bendecir á Dios por vuestra condición, y aun agradecerle aquella desventura no real de que me hablabais esta mañana. Os ha exaltado el Señor. A quedar en vuestra casa, según todas las probabilidades, ahora os hallaríais empeñada en alguna negociación de casamiento, cosa honesta é importante á la verdad, pero baladí al lado de vuestra sublime vocación, que se parece á la de los ángeles custodios, á la de los Apóstoles, y á la del Redentor del mundo. ¡Oh! sí. ¿A qué vino á la tierra Jesucristo? A salvar las almas. Vos estais escogida para convertir probablemente á una familia entera, que puede arrastrar consigo toda su servidumbre, sus dependientes, sus amigos; y ser pronto el núcleo de una nueva cristiandad en la Gran Bretaña: en suma, el Señor os miró con predilección, cuando al parecer os quiso herir: estadle reconocida.—

Estas últimas palabras causaron un efecto admirable en el corazón de Julia, porque sus fibras eran muy sensibles, y tenía una mente abierta para los grandes pensamientos. Brilló á sus ojos vivísimos la oculta sublimidad y la gloria del oficio que Dios la imponía; una gran esperanza embriaga-

ba su espíritu, y vertía lagrimas deliciosas. —Padre mío, acabó diciendo: vuestras palabras me hacen un gran bien. Más me habeis dicho en algunos cuartos de hora, de lo que yo habría sabido fantasear por mí sola en un año. Decidme, por merced: si alguna vez recurriese á vos por escrito, ¿podría esperar que aun de léjos me favoreciéseis con vuestras amonestaciones?

El venerando sacerdote sacó una tarjeta de visita, que tenía debajo las señas de su casa, y alargándola á la joven, respondió: —Si mis ocupaciones lo consienten, procuraré contestaros á vuelta de correo.—

Con esto se despidió Julia. Al bajar los escalones parecía tener alas; un consuelo y una ventura nueva la dominaban. Maravillábase consigo propia de la oculta providencia de Dios, que sabe sacar el bien del mal.—A no tener, exclamaba, mi excelente amiga el capricho de visitar los Valles *valdenses*, no hubiera quedado aquí sola, no me hubiera ocurrido pasar la mañana en la iglesia, no hubiera encontrado quien me aconsejase que fuese á ver á este hombre santo, no hubiera tenido el gusto de ver aprobada mi conducta, ni de sentir cómo vuelve á brotar mi esperanza en lo venidero.—Absorta en estos dulces pensamien-

tos no pensaba en Kelerina, que, fatigada de tanto callar, dejó huir de su boca:—¡Oh! ¿Qué sucede, señorita, que os habeis quedado tan ensimismada?

—¿Cómo ensimismada? Estoy mas alegre que nunca merced á las buenas y santas cosas dichas por este verdadero ministro de Dios. ¿No las oíste acaso tú?

—También á mí me pareció que decía cosas bellas, cuando ví que las escuchábais tan atentamente. Pero, ¿cómo comprenderlas? ¡Las decía tan apresuradamente!

—Pues bien; sabe que me ha encarecido la conveniencia de rogar mucho por la señora, y que me ha dado multitud de consejos óptimos.

Kelerina exclamó con su sencillez montañesa:—¡Ah, qué fortuna tienen los que viven en países católicos! A lo menos saben á quién recurrir. Allí, por el contrario, vivimos solas. Mas roguemos: vos, que teneis todo el corazon de la señora, convertido un día ú otro al catolicismo, y entonces cambiarán las cosas de aspecto.

—Guárdate bien, dijo Julia, de pronunciar palabras parecidas cuando hables con alguno de casa.

—¿Por qué?

—Porque lo echaríais á perder todo; si

alguno tuviese una buena inspiración, serías tú causa de que se desvaneciese. Habla del asunto sólo con el Señor y con la Virgen.—

Entre tanto Julia quiso dar con Kelerina una vuelta por la población, á fin de hacer una visita al santurio de la Virgen del Consuelo, y á la iglesia erigida en el lugar del famoso milagro del Santísimo Sacramento. Después se volvieron las dos á la fonda.

Mistress Needle viajaba entonces, no ya de Pinerolo á los Valles *valdenses*, según el primer designio, sino de Pinerolo á Turín, sin haber tocado la meta de la peregrinación; faltó poco para que dejase allí á su guía. He aquí brevemente su aventura extraña.